

# EL LICEO



## Nueva etapa para renovar su imagen

No hay duda de que asistimos a un cambio en la fisonomía interna del Gran Teatre del Liceu, conducente a liberarle de su heredada condición de recinto clasicista y supuesto feudo de la timocracia. El Liceo, que desde hace 132 años ha sido siempre reflejo vivo de la polifacética realidad social barcelonesa, no podía aludir este cambio que parece producirse bien y prudentemente enfocado para que sea efectivo, sin desvincularlo de lo más respetable y válido que gravita en sus tradiciones artísticas y sin menoscabo de una categoría de la que no puede ni debe abdicar.

La imagen en exceso estereotipada que algunos tienen del Liceo se intenta ahora renovar, lo cual sólo es posible hacerlo encauzando el cambio por diversas vertientes. Pensar que todo se arreglaría con una reducción sustancial en el precio de las localidades (cosa tan plausible como difícil) representaría soslayar una problemática más de fondo. Abogar por la transferencia al Estado u otro organismo colectivo de la magnífica sala, en este momento equivaldría a crear una nueva situación peregrina e irreversible cuyos resultados no podemos imaginar precisamente boyantes.

El Liceo fue edificado como gran teatro de ópera cuando a mediados del siglo pasado la ópera era considerada como la sublimación de todo espectáculo escénico. Y debería seguir en esta dedicación, pero puesto que la fenomenología teatral y musical ha alcanzado (el hecho ya empezó a producirse en el periodo decimonónico) una rica y creciente diversificación, sería totalmente absurdo volver la espalda a esta realidad en nombre de inoperantes purismos, por otra parte imposibles de mantener.

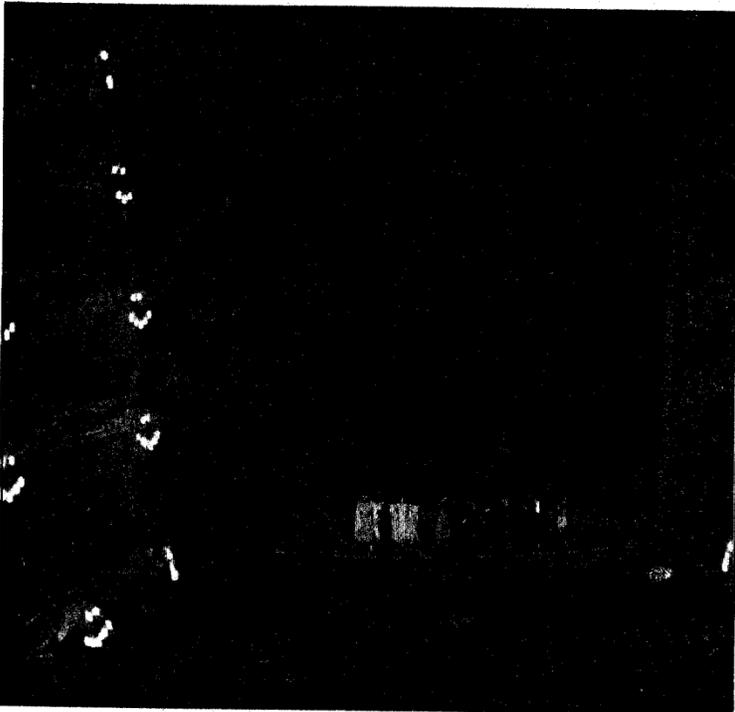
Por fortuna, el Liceo, como hemos dicho antes, se renueva y el tradicional binomio de sus actividades —ópera en invierno, ballet en primavera— al que se ceñía en su andadura (desde que se suprimieron los ciclos de conciertos cuaresmales) se ha descercado. El primer paso en este sentido se dio en junio del año último con la presentación del montaje, por los jóvenes artistas de La Claca, de

quillaje (que de todas maneras están por debajo de los que es preciso aceptar para asistir a ciertos conciertos sinfónicos o a más de un espectáculo de nula relevancia artística); una temporada lírica que no por módica deja de prometer un nivel de absoluta dignidad.

Con esta evolución, el Liceo no hace más que mantenerse consecuente con los vaivenes que se originan en su área de influencia. Nunca ha sido de otra manera. Lo importante es que seamos conscientes —que lo sea en especial la joven generación— del peso específico que esta entidad ha tenido en el progreso cultural y artístico de Barcelona y que por encima de todo hagamos lo posible para no restringirle estas prerrogativas. Hay que conocer bien la historia del Liceo, lo cual nos hará ver lo justificada que resulta su defensa.

Nos ha sugerido estas consideraciones la publicación de un bello libro de Antoni Sàbat: «Gran Teatre del Liceu» (edición en catalán, aparece simultáneamente con otras pariguales en castellano, francés, alemán e italiano) que permite seguir minuciosamente sus efemérides en una crónica general que abarca desde los antecedentes y motivaciones de su edificación hasta la etapa actual. Es un volumen de unas 90 páginas donde el tratadista, con una capacidad de síntesis utilísima en este caso, expone y valora cada acontecimiento que ha marcado el devenir del coliseo de las Ramblas. Este documental sobre sus incidencias y su circunstancia entra por los ojos, ya que el texto serpentea a través de una sucesión de 198 espléndidas fotografías en color referentes a todo lo relacionado con la sala (en esta iconografía hemos obtenido las ilustraciones que acompañan a este escrito).

Ante esta monografía que informa tanto específicamente sobre la historia del Liceo como de su proyección en acontecimientos de la vida ciudadana, queremos esperar que nadie dejaría de suscribir las frases apuntadas por Antoni Sàbat como colofón de la obra: «Al cerrar esta edición, el país inicia una etapa dentro del contexto de la cual el ámbito musical ha de tener su máxima participación. El



Un escenario más amplio que el de La Scala de Milán, la Ópera de París o el San Carlos de Nápoles

la sátira mímica «Mori el Merma», a la que las creaciones plásticas de Joan Miró dieron la más singular visibilidad. La representación tuvo el significado de un simbólico rompimiento con el deslucido mito liceísta. Después, con el propósito además de que el teatro no permaneciera ce-

rrado la mayor parte del año, se han abierto sus puertas para los recitales de Lluís Llach y para dos temporadas breves de ballet en funciones populares, todo esto extraordinariamente bien recibido.

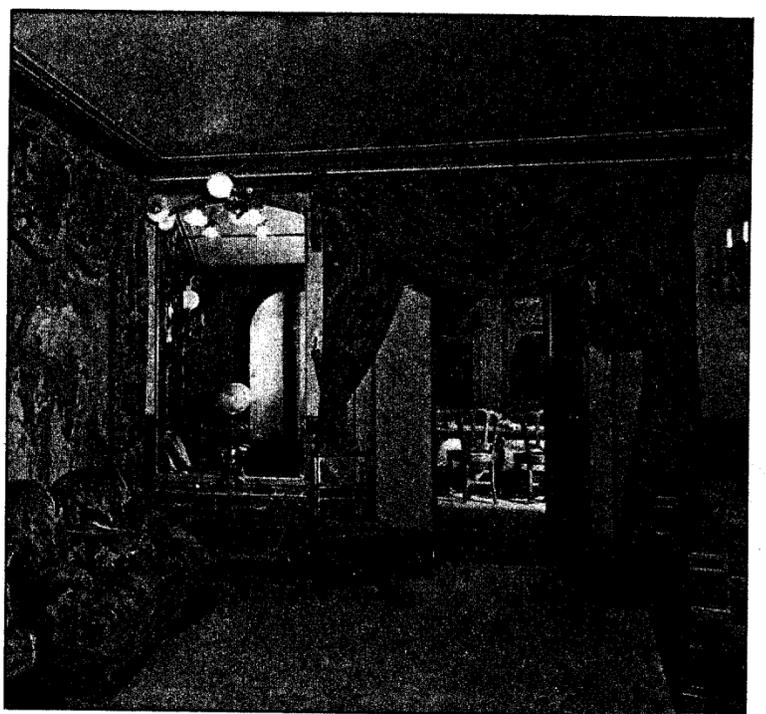
Ahora, para últimos de noviembre, se anuncia la vuelta a la



Cartel de los «Ballets Russes». Debutaron en el Liceo en 1917



Fueron famosos los bailes de carnaval. Una invitación para la fiesta celebrada en 1884



Toda la fantasía evocadora de una época puede apreciarse en esta bella antesala del proscenio

ópera con un pasajero injerto de ópera en el programa general, estructurado con miras a las preferencias más generalizadas, un ciclo que también admite la calificación de popular aunque, a falta de subvenciones y ayudas sustanciales, esta popularización no rijan para los precios del ta-

Liceo debe sobrevivir justamente en nombre de esta cultura. Más todavía: debe alcanzar la categoría universal que merece y que el país y el mundo de la música reclaman».

Xavier MONTSALVATGE